

LA MUERTE DEL ABUELO

Todo el que ha tenido la suerte de conocer a sus abuelos y de asistir a su muerte siendo chico, puede recordar ese día como uno de los más alegres de su vida y de los que dejan huella indeleble, que con el tiempo se trueca en triste memoria y pesaroso recuerdo, de reproche íntimo, por la inconsciencia juvenil.

La casa del abuelo cambió el silencio y la soledad del viejo por la algarabía juvenil, y quedó dividida para ese día en tres compartimientos: el muerto, en lugar más o menos apartado, al que de tarde en tarde se asoma algún curioso para ver la mortaja y la mueca del difunto. En la parte central, la comedia humana, ni condolida ni alegre, conforme y resignada, y en el corral, la patulea chiquilleril, juguetona y desentendida de la ritualidad del duelo.

Los chicos de la familia ese día no van a la escuela, los visten majos y los concentran a jugar con sus primos como no lo hacen casi nunca, e igual si son mocetes, porque ese día no se trabaja, y se acarean los mozos y mozas, arrullándose y diciéndose chicleos que los ponen bien contentos, aún en el mismo duelo donde nunca faltan los cuentos y en el velatorio, cuando se quedan los íntimos, la broma es siempre corrida y para vivirla.

Ante la algazara y la indiferencia del muerto sólo los cirios lanzan sus chisporroteos recordando el motivo del momento.

La casa toda, sin embargo, está tan impregnada de soledad y silencio, de los largos años que la habitó el viejo, que en medio del bullicio hablan las paredes, los rincones, el suelo y los cuatro trastos de su manejo, de su despego de todo ello y hasta las pisadas, pese al gentío, suenan a hueco, a vacío, a muerto, como suenan a lleno cuando está lloviendo y el son del piso te dice, sin verlo, que ha cambiado el tiempo.

La oquedad es tan medrosa, que, en medio de las risotadas, cualquier ruido hace encogerse a la gente, temerosa de ser enganchada por el muerto, y hasta se repretan y cohiben de cruzar portales y pasillos para salir a los corrales a satisfacer sus necesidades, por si se les aparece el abuelo.

Anochece el día, se cierra en la calle y lo demás queda abierto, con ese aire frío de los cementerios, donde no queda nada que cuidar ni que importe ni se quiera ver.

Un luto de alivio, para poco tiempo, por si dice alguien que no lo sintieron. La casa partida, pasado el recuerdo, ¿quién podrá acordarse de que tuvo abuelo?